

latidos

Carta de Jorge Herralde

Nadie discutiría hoy que Jorge Herralde figura entre los grandes editores internacionales del último siglo. En ese selecto club hay unos cuantos integrantes de los que hemos podido leer sus recuerdos, o al menos parte de la correspondencia (Kurt Wolff, Max Perkins, Bennett Cerf, Tom Maschler, George Weidenfeld, Siegfried Unseld...). Y en nuestro ámbito contamos con interesante material escrito por Carlos Barral, Jaime Salinas o Joan Sales. Pero ninguno, creo, ha documentado su trabajo y trayectoria con la minuciosidad de Herralde. Un regalo para interesados e historiadores.

Desde su primera recopilación de escritos en *Opiniones mohicanas* (Acanalado, 2001), a la que siguió *El observatorio editorial* (Adriana Hidalgo, 2004), ha publicado títulos tan ilustrativos como *Por orden alfabético. Escritores, editores, amigos* (Anagrama 2006), *El optimismo de la voluntad. Experiencias editoriales en América Latina* (FCE, 2009) o, coincidiendo con el 50.º aniversario de su editorial en el 2019, *Un día en la vida de un editor*. Ha coordinado la antología *El mejor humor inglés* (Anagrama 2009), y el humor, a veces ácido, es una clave de su estilo. Ha cuidado de los catálogos conmemorativos de los 25, 40, 45 y 50 años de la editorial –quizás hay más, pero estos son los que tengo a mano–, o para acompañar la publicación en quioscos

periodismo americano de la mano de Tom Wolfe, a las referencias a emblemáticos como Auster, Ford, Capote, Highsmith, Magris o Enzenberger; el *dream team* de Ishiguro, Barnes o Amis; Pombo, Tomeo y Puértolas; también autores que dejaron el sello, como Marías o Martínez de Pisón; el pensamiento de Baudrillard, Rubert o Marina, la crítica de arte de Hughes...

Leemos las misivas de Herralde a corresponsales muy variados –autores, editores, agentes– pero sin las respuestas: hay negociaciones, cartas de fichaje, de ánimo, y en varias ocasiones de rechazo. También encontramos mues-

El contacto directo con la prensa literaria ha sido una constante en la trayectoria del editor de Anagrama

tras de su relación con la prensa. Y este es un segundo punto, tal vez no demasiado conocido, que cabe destacar. Aunque secundado a lo largo de los años por profesionales como Enrique Murillo, Mónica Martín, Ana Jornet o Teresa Slanzi, Herralde ha sido el más destacado jefe de prensa de la edición española, porque él mismo muy a menudo se ha ocupado del trato con los medios, proponiendo y explicando bien

un material sugestivo, y nunca ha regateado ejemplares, ni tampoco comentarios: los informativos y los valorativos (positiva o negativamente). El libro recoge una carta suya de queja al abajo firmante por el trato del suplemento a una novela de Antonio Soler, pero podría ofrecer muchas otras. Tan solo en mis archivos del periodo 1996-2004, es decir, previos al triunfo del e-mail, encuentro cartas o notas manuscritas de Herralde, por fax o vía postal, de agradecimiento por un artículo sobre Vikram Seth (cuya novela *Un*



Jorge Herralde, en una imagen del 2010

DAVID AIROB

de una Biblioteca Anagrama de cien títulos. Impulsó newsletters regulares y también los cuadernos *Deconstructing Anagrama*, donde se tipologiza el catálogo de la casa en función de las literaturas de origen, las áreas temáticas (de la filosofía y la antropología a la cinematografía, la zona rosa y el *free drustgore*) o los autores más publicados.

Nos llega ahora *Los papeles de Herralde. Una historia de Anagrama (1968-2000)*, que ofrece una crónica de este periodo a cargo de Jordi Gracia y una selección, a cargo del propio Gracia, del epistolario herraldiano. Las cartas, a partir del nutrido archivo ordenado por Lali Gubern (un archivo de destino aún impreciso; ¡espabilad, instituciones barcelonesas!), aportan luz sobre un fondo de más de 4.000 títulos, con incidencia innegable en la vida cultural española. Su lectura ha tenido sobre mi memoria los efectos de una magdalena proustiana. De la colección *Contraseñas*, que nos familiarizó con el nuevo

buen partido me invitó a presentar), por una crítica en el suplemento sobre Sánchez Ostiz, o por un apunte sobre los cuadernos *Deconstructing*. Aparecen otras adjuntando información sobre los éxitos internacionales de Vila-Matas; sobre el programa de un seminario de la UIMP en Santander, en el que participaba, animándome a acudir; ponencias leídas en Oviedo o México; tarjetas acompañando dossiers informativos sobre autores como Bourdieu o artículos que le pedimos para *La Vanguardia*... Y observaciones quitando hierro a algún pequeño malentendido, que ya no recuerdo, “entre las respectivas trincheras” (“*Nothing personal*, ni mucho menos, a nosotros nos presionan los autores, nosotros presionamos, se produce algún rebote, etc.”).

Anagrama ha sido fuente constante de temas para la prensa literaria. Herralde la ha estimulado y seguido (y a veces discutido) con atención, y la verdad es que se agradece.

SERGIO VILA-SANJUÁN

